

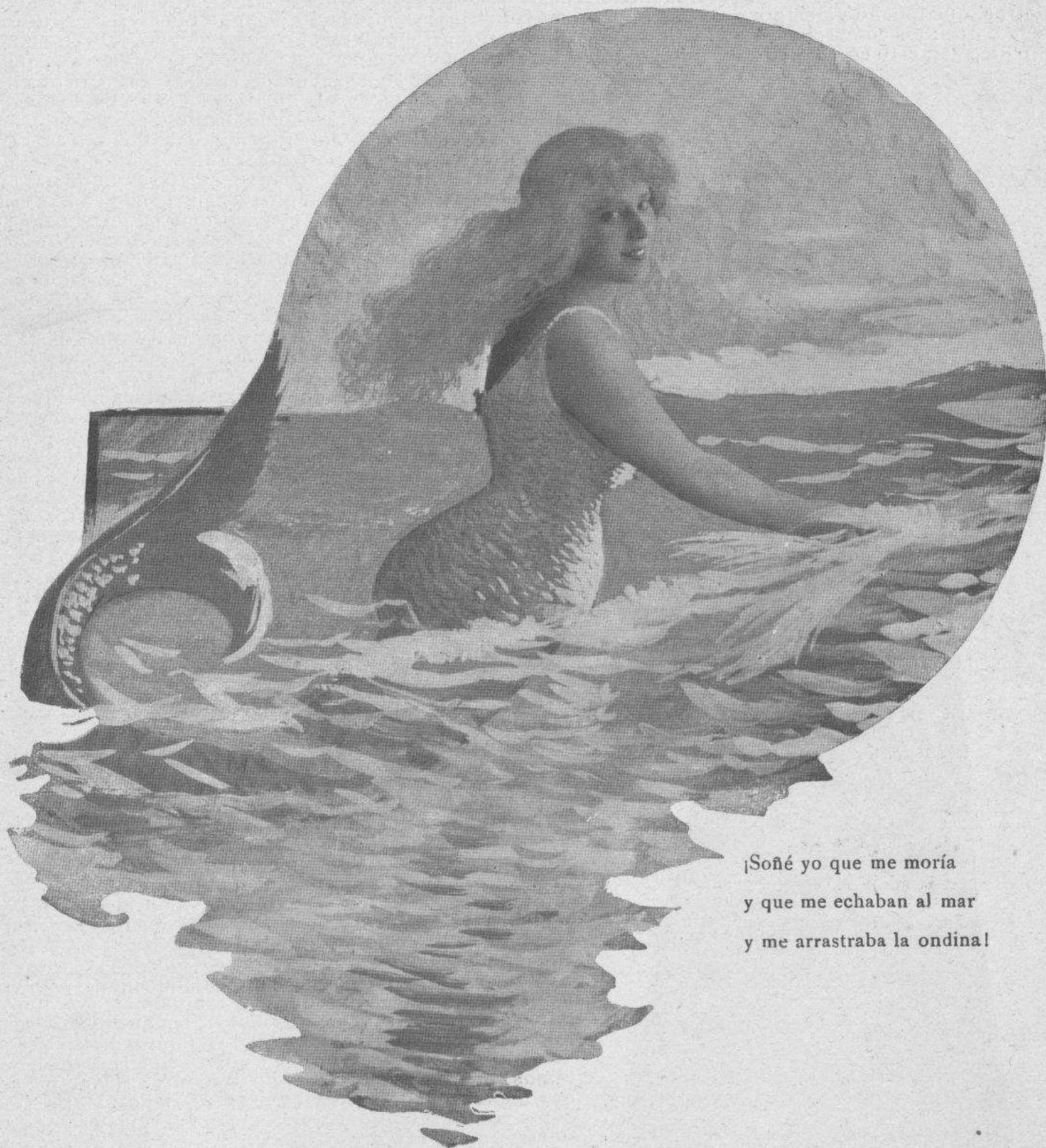
# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 15 de Diciembre de 1898

Núm. 421



¡Soñé yo que me moría  
y que me echaban al mar  
y me arrastraba la ondina!

Ogerau.

## Bremón... ó los pequeños rentistas

Bremón, el incomparable Bremón, (que entiende en su categoría de revistero) hasta de los dátiles de Berbería y del Jabón de los Príncipes, encuentra digno de censura que los de Zaragoza aplaudan cuando se dice lo siguiente: los rentistas tendrán que sacrificar el coche si entramos en economías, las únicas que convienen al país.

Siento mucho no estar conforme con Tirón, que en una de sus sátiras dijo, si el cronista perpetuo, insustituible, de la *primera de nuestras Ilustraciones*, era ó no era discreto; lo sería, desde luego, hablando como hablaba del patriotismo, y eso por carambola; pero conste que ahora... ni la elocuencia de *on* Castelar le salva, como dicen en cierta obrilla. ¡Qué ha de salvarle, hombre!

Y es porque, sin duda, á Bremón le parece que contratada la paz no hace falta el patriotismo, cuando precisamente nunca más que en estos momentos, los más agudos del desastre, es preciso ser patriotas. Bremón tira bala rasa contra los comerciantes... ¡y aquí está lo chusco, porque, como dijo el otro, ¡todos nos conocemos! tira bala rasa en favor de los que más manejan eso del debe y del haber.

No puedo yo ser sospechoso hablando de estos asuntos, en periódico donde se ha ridiculizado con fino y agudo palique, el prurito que muestran muchos papeles públicos, en probar que sólo los de las cuentas corrientes forman elemento sano para encargarse de la bancarrota.

Nó, nó, lejos de mí semejante y ruin *versoncilla*: yo no me cuento entre los que creen que estamos en plena liquidación, en ruina; proa á una especie de oligarquía comercial, que entiendo y entienden otros, que mucho valen por acá, que fuera la mayor de las calamidades que pudieran caer sobre nuestra patria; los comerciantes son y pueden ser brazo útil de la universal rueda económica; Bremón no lo dice así, esto es, lo dice peor que yo, aunque parezca mentira, pero en fin dice algo semejante, que-

riendo como aquellos chuscos cautos que dan una de cal y otra de arena en sus burlas, halagar al mismo elemento que zahiere. Los comerciantes, repito, son un brazo más, útil de la gobernación, considerada ésta en sus formas múltiples, pero nó el único, como no lo es el militar, el religioso, el artístico, etcétera. ¡El único! La historia está llena de ejemplos y ha probado que en crisis tan grandes, si no tan torpes, como la que sufrimos, no fué necesario recurrir á tan descabellada medida. Nosotros mismos, que no ahora, sino siempre, anduvimos á la zaga de otras naciones, tenemos experiencias funestísimas. Más de una vez encargamos á lumbreras de la partida doble, el ministerio de Hacienda y... hasta las reglas de aligación fallaron con descrédito, sino teórico, práctico de las matemáticas.

¡Pero de eso, á censurar con la amargura que emplea en sus frases Bremón, el que en la Asamblea de Zaragoza se haya dicho que los rentistas van á tener que suprimir el coche! Es que no se trata, dice él de los grandes sinó de los pequeños.

¡Ay! ¡parece que Bremón es pequeño rentista! Lo cual no fuera extraño, porque en sus Crónicas (así lo escribe, con letra mayúscula y en medio del texto, cosa que, sin estar mal, habla muy alto de su modestia), él en sus crónicas, digo, lo es todo: político, estadista, crítico de historia, de arte, de literatura, geógrafo, profeta... y hasta, si pudieran hacerse figuras con letras del alfabeto, dibujante.

\*\*\*

Los pequeños rentistas son dignos de aprecio, naturalmente.

Como los grandes.

También merece ser considerado Bremón, que no es gran revistero, sinó pequeño, mínimo.

¡Y tan mínimo!

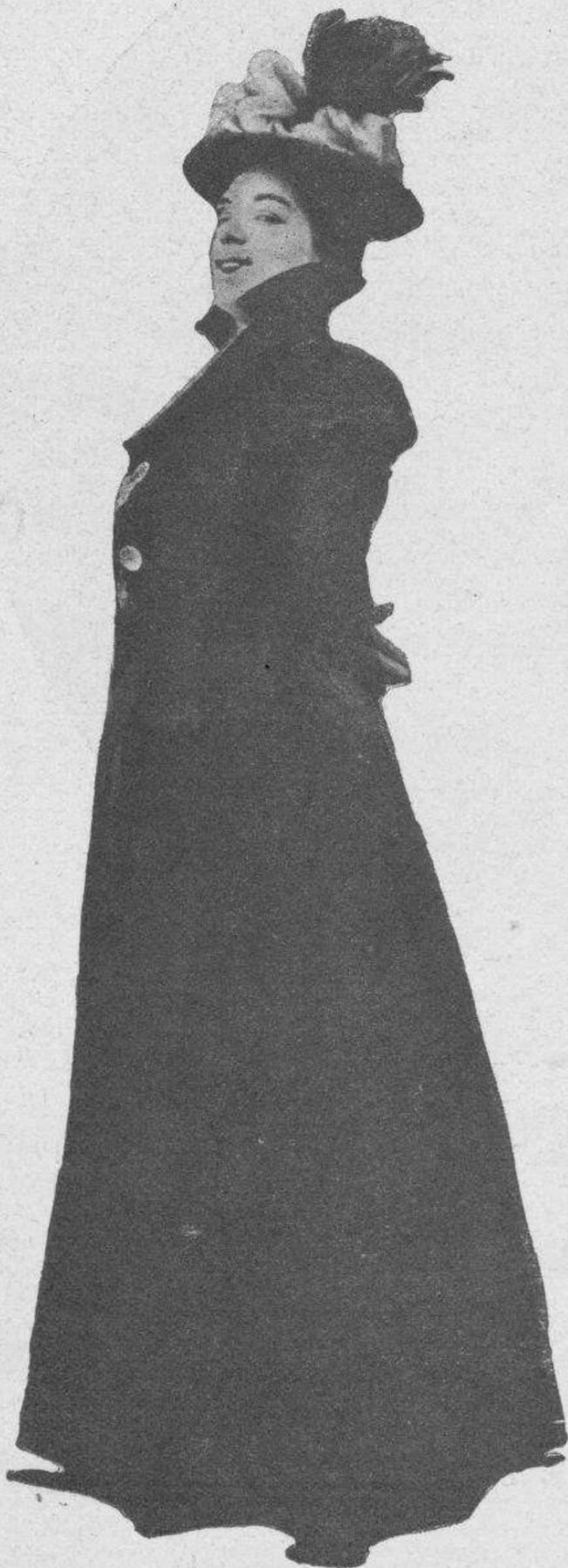
Pero vamos á lo que importa. ¿Qué los pequeños rentistas tengan que sacrificar algo más que el coche? Bueno, malo es que sólo tengan eso que suprimir los grandes, esto es, la causa. Aunque fueran marineros, y los intereses de la patria lo exigieran, podría decirseles, «embarquen en el *chinchorro*, bote de los rancheros, y si eso no es posible, ¡al agua!» Después de todo, la nación en masa tendrá que salvarse á nado.

Y tan á nado. ¿De los pequeños capitalistas habla Bremón? Afortunados ellos que son capitalistas, por minutos que resulten. ¿Qué diremos de los que dieron sus hijos á la patria, y se han quedado sin hijos y sin modo hábil de ganar el sustento, y no quiero meterme en otros ramos, pues sólo de comercio tratamos? Nada, nada; que hable con cualquiera de los repatriados, y apuesto doble contra sencillo, á que renuncia el revistero de La Ilustración su cátedra.

Para salvarnos, para salvar á nuestra España, no hay que condolerse de los grandes y pequeños rentistas: hay que imitar á la inimitable mujer del griego ilustre, que con el puñal clavado en el pecho, invitaba al patriota para que no vacilara ante el sacrificio, diciéndole:

—Poethe, non dolet.

José SELMA ORTIZ



— ¡Si yo hubiera ido á París!



Reutlinger.

¡ Cuánto tarda !



— Cielo, vale más la horizontal que la vertical; á la horizontal... la arrastra la corriente

## María Cruz

—... Era encantadora á los quince años — prosiguió Manuel, bebiendo un vaso de cerveza — tenía los ojos azules, los labios rojos y pequeños, y la frente pensativa. Los cabellos rubios se le ensortijaban por las sienas haciendo caprichosa y noble su cabecita. No había otro tipo más arrogante en San Germán. Entonces era yo un mozuelo porque no tenía más que dieciocho años. San Germán me pareció al principio triste; el otoño me abrumaba: mi espíritu bullicioso no se avenía con la tranquilidad y el silencio de la aldea; pero era preciso resistir hasta que las brisas del sur hubiesen renovado y fortalecido mis pulmones.

Yo habitaba en la calle más bella de la población, que no era sinó un conjunto de chozas. Pronto me apercibí de la vecindad de la joven. Primero me atrajo por una simpatía irresistible: la tristeza de su carácter halagaba mi corazón: me creí menos solo y empecé á distraerme pensando en las horas que faltaban para verla. Poco á poco se aquietó mi ánimo y conocí que, aunque contra mi voluntad, hallaba atractivos en aquella vida sedentaria y seminómada. Cierto es que entre la caza y la lectura el tiempo se me hacía breve...

Manuel llevó de nuevo la copa á los labios.

—Un día — prosiguió — encontré á la joven en el dintel de la puerta: era aún temprano y yo regresaba, con mi carabina al hombro, de una de mis excursiones matinales. Llevaba también mi album de dibujo y una hermosa pasionaria que arranqué al atravesar un huerto de plantío. Me detuve y la hice un jovial saludo. — ¡Qué flor más bella! — exclamó colocándosela en el pecho, pues yo se la ofrecí galantemente. Desde entonces le llevé todos los días un saludo y una pasionaria. . A ti, que eres noble y candoroso de alma, puedo decírtelo sin recelo: yo sentía un culto como el de la amistad por la joven, y por este culto me encerraba en ciertos límites y no tenía otra ambición que merecer su afecto. La llegué á amar como una hermana y me convencí en breve de inspirarle el propio cariño: ¡era tan pura y tan graciosa su juventud! .

—¿Qué lleva usted ahí, vecino? — me preguntó cierta mañana. — Aguijonea mi curiosidad verle volver invariablemente con un fusil y una cartera de sus cacerías. ¿Es que no halla piezas á que apuntar, ó es que las aves son más habilidosas en huir que usted en atajarles el vuelo?

—La caza no es más que un pretexto — respondí sonriéndome y enseñándole mis dibujos.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Este es el torrente de las Animas... este es el Azul... este es el lago con sus ramajes y sus sicomoros... este es el horizonte de levante en una alborada de otoño... ¡Qué bien dibujado, vecino! ¿Permite que los enseñe á mi madre?

¿No había de permitirlo? Esto era como ofrecerme estrechar las amistades, ó como hacer más íntima la confianza que ya nos unía. Los dibujos no eran sinó unos simples apuntes, pero su candidez ponderaba el mérito... Su madre sufría un resblandecimiento de nervios que la postraba totalmente desde algunos años atrás: no era vieja, pero tenía el rostro ajado. La pobre mujer simpatizó grandemente conmigo: la consolé, la entretuve con cuentos y narraciones amenas, y me capté en poco tiempo sus simpatías. Tuvo dos hijos desde entonces y mas de una vez sorprendí en su mirada el contento que sentía de verlos unidos con una intimidad dulce y respetuosa.

Al mes escaso de hallarme entre esta gente sencilla, entré una mañana en su choza con singular

alborozamiento: llevábales una sorpresa. La joven tomó como de costumbre el fusil y el álbum, y la caza, abundante aquel día, pues tuve la suerte de tropezar con un gamo y un cervatillo en los linderos de un bosque, amén de las perdices que rastreó mi Poinhier, y preparó el desayuno. De aquí vino que yo tomara la caza por algo más que un pretexto, pues las dos mujeres abogaban con grande ahinco porque las acompañase á la mesa. Terminada la comida, se puso á examinar los dibujos. Este era el momento que yo había escogido: entre ellos llevaba dos retratos al óleo, dos lienzos diminutos: uno el de la madre y otro el de la hija. ¡Oh, con qué graciosa ingenuidad se puso á batir las palmas! — Eres tú, madre, tú misma... ¿cómo lo ha hecho usted, vecino? — preguntaba llena de alborozo: y los lienzos iban de la madre á la hija y de la hija á la madre, mientras yo me sonreía halagado en mi vanidad y en mi sentimiento.

De esta manera pasé el otoño, algo mejor de lo que presumí al abergarme en San Germán y tanto, que aplacé mi regreso de día en día hasta que las nieves descendieron desde las cumbres del Azul á la falda, impelidas por los vendavales y por la crudeza del invierno. No me resolvía á abandonar á aquellas mujeres que me consideraban como de la familia y para quienes la separación era casi una desventura. Pero al fin fué preciso, por no comprometer mi salud y por dar gusto á mi madre que me aguardaba ya con impaciencia. Jorge Juan hizo un viaje á la aldea con este objeto, y se comprometió á restituirme al hogar, ni más ni menos que si se tratase de un hijo pródigo.

Hablando de Jorge Juan, Manuel se pasó una mano por la frente y apuró un vaso de cerveza

— Estuvimos aún algunos días en San Germán, durante los cuales se nos obsequió extraordinariamente en la choza. Jorge pudo convencerse del agasajo con que me trataban y la intimidad que privaba entre nosotros y de que ya tenía conocimiento por mis cartas á la madre. A mediados de Enero partimos. La despedida fué triste y conmovedora: yo prometí volver durante el verano y pasar con ellas el próximo otoño.

— Has olvidado tu promesa — le dije — y seguramente á tus vecinas de San Germán.

Estábamos á quince de Noviembre. Manuel me miró de singular manera y exhaló un suspiro.

— Estos vínculos — prosiguió con frase nerviosa — echan muy hondas raíces. Una noche, á principios del verano, tomaba tranquilamente café en el Suizo. Al lado de mi mesa sostenían unos jóvenes cierta conversación animada y ardorosa. Hablaban de una mujer con entusiasmo, y por las muestras, concurrían en ella caracteres notables. El nombre de María Cruz llegó indistintamente á mis oídos. En esto entraron González y Martín Martínez.

— ¿Conocéis á María Cruz? — les pregunté en seguida.

— Sí: ¿quieres verla? Vamos á ir esta noche.

Les respondí que nó, naturalmente, pues yo me mantenía á respetuosa distancia de la vida licenciosa. Pero tomé nota del burdel en que vivía María, y á la mañana siguiente me encaminé al barrio que en nuestro lenguaje familiar conocemos con el nombre de Capuchinos blancos. Me llevaba más que una curiosidad pueril un secreto é irresistible impulso, y confieso que iba agitado y triste.

Manuel llamó al mozo y le pidió de nuevo una cerveza.

— Ya en la casa me recibió una vieja, cornija, enclenque, jibosa: daba aprensión mirarle á la cara, y en cuanto á mí se me crisparon los nervios, como si tuviese en mi presencia una arpía, una entera caricatura de las hijas del Aquelarre. Empezó á hablarme... yo no sé lo que dijo con su voz saltona y



A punto de solta.

aguda, porque la interrumpí al momento, rogándole me condujera á la habitación de María Cruz.

—María, María Cruz... no sé si querrá recibiros: no creáis que todos pueden verla, es una mujer muy extravagante, y hay que anunciarle los parroquianos como las visitas á una gran señora. A duras penas puedo yo imponérselos cuando me han interesado con alguna propina, y aun así se las compone de manera que casi siempre salen defraudados en sus esperanzas.

Como ves, estas palabras de la vieja eran á propósito para excitar el interés y el deseo del menos exigente. tanto más tratándose de un centro de corrupción y libertinaje. La bruja desapareció después de haberme conducido á una pieza ricamente alhajada, pero de mal gusto. Examinaba yo un álbum artístico. cuando me sorprendió un golpe familiar dado en mi espalda. Volví el rostro y me hallé con una de esas bayaderas del vicio, morenilla, graciosa y de provocantes y lascivos movimientos.

—Con seguridad — me dijo — que venís también por María Cruz... Tenemos tiempo para conversar: aunque os admita, esta es la hora de su tocado. ¡Pobre María!

—¡Pobre! — exclamé, admirándome de veras.

—Oh, es una historia horrible... tiene un corazón de oro: las lágrimas que vierte, bien le redimen todas sus culpas.

—¿Por qué. pues, está aquí?

—Vino vendida, maniatada: no sabéis cuánta iniquidad se encierra en estos tugurios: aquí donde me veis...

—Sí, sí; pero María Cruz..

—¿María Cruz?... Le dimos nosotras este nombre... no se ha encanallado... su gabinete parece un templo por lo primoroso... sus gustos y su delicadeza y su hermosura le hacen parecerse á una sultana mora.

En esto estábamos de la conversación cuando volvió la vieja, noticiándome que María consentía en recibirme.

—Me ha hecho dar pelos y señales; me ha hecho una infinidad de preguntas, y al pronto se ha negado, al parecer aterrada; pero, en fin, creo que venís de buena suerte: sobre todo os aconsejo que la tratéis con discreción y finura...

Diciendo esto llegamos á la puerta de María Cruz.

—Podéis entrar — concluyó mi interlocutora retirándose.

Y entré. ¡Ay, qué impresión, amigo mío! María estaba allí, pálida, temblorosa, sollozante, y sollozando se arrojó á mis pies y se abrazó á mis rodillas, mientras que yo, lívido y desencajado, la levanté del suelo y la dejé llorar con la cabeza sobre mis hombros y los brazos ceñidos al rededor de mi cuello. María Cruz... era mi vecina de San Germán.

CALIXTO CORACHAN



Pecadora arrepentida... en una isla desierta.

## Rasgueos

I

Oye cachito de gloria  
las cuerdas de mi guitarra,  
parece que están diciendo:  
—¡Te adoro con toda el alma!

II

Si me hallo solito  
y evoco recuerdos,  
cachito de cielo, qué tristes, qué tristes  
son mis pensamientos...

III

Pobrecita madre  
que desconsolada,  
al pie de la cuna, con su hijo muerto,  
su única esperanza

MORENO



—Hace tres días que mi marido tiene que velar á la mujer de su primo; ¡ si á lo menos el primo viniera á velarme á mí !

ESCENAS MUNDANAS

Crisálida y mariposa

—Le digo á usted, marquesa, que me mete miedo esta niña, porque como está tan bien educada y es tan modosa y tan... en fin, una imagen de la inocencia: yo creo que su madre no debió nunca presentarla al mundo, sinó guardarla para sí como un tesoro, porque, ya vera usted, dentro de poco es una de tantas.

—Tiene usted razón; están hoy las costumbres tan corrompidas que todo es cieno y podredumbre en esta sociedad que frecuentamos, donde las malas pasiones han tomado asiento y lo dominan todo, donde no hay reputación segura ni virtud tranquila. Desde luego, la que tiene una hija de buenas ideas cristianas debe apartarla de este barro infecto.

—Así lo estimo; pero tan esclavas somos del qué dirán, que porque el mundo no se ofende todas las madres vienen obligadas á entregar á sus hijas en brazos de la corrupción. Aquí la in-

ocencia se ahoga, la pureza se marchita, la reputación se pierde, la honra se mancha. Todo, todo queda revuelto en el cieno.

—Y luego, los que ayudan á caer pisan al caído. No hay término medio: ó huir desde un principio de esta sociedad ó enfangarse en ella.

—Ya verá usted esa niña como cambia: tan sencilla hoy, la hemos de ver dominada por las malas pasiones, encenagada en el vicio que aquí reina. ¿Verdad que huele á podrido á través de los vestidos de raso y pese á las esencias y los perfumes?

\*\*\*

—Mira; tú, como acabas de salir del convento, no sabes la mitad de estas cosas; se hace preciso que yo te vaya enterando, porque si no, hija, vas á parecer una mosquita atontada. Tú has de ver como esto que tan malo se te figura, al cabo te ha de gustar.

—Pero ¡Dios mío! si yo creí...

—En primer lugar, esa exclamación debes eliminarla del repertorio. Está mal visto y... ya ves... aquí hay que acomodarse á todas las exigencias. Voy á darte una noticia que ha de sorprenderte: me caso.

—¿Te casas? Ay, lo siento... porque ya no vendrás por aquí: tu marido no querrá.

—¡Já, já! ¡Qué tontunas dices! ¿Mi marido? Es un tonto de remate.

—¿Quién, el vizconde?

—Vaya, no digas más tonterías; ¿me crees tan necia como para casarme con él?

—¿Pues no era tu novio?

—Lo era y lo es y lo seguirá siendo hasta... que me canse. Mi marido será aquél que viene tan tarde, millonario, viejo, achacoso: el duque, ya lo sabes.

—Pues no sé nada; no te entiendo.

—¿Quieres que te lo explique? Pero acércate... así... al oído. . . . .

¿Entiendes ahora?

—Por mi desgracia. ¿Será posible que este mundo sea malo en tanto grado?

—¿Malo? No lo creas; eso se te figura porque acabas de salir de las monjas... pero ya te parecerá luego mejor; no te apures, ¡ya te irás haciendo!...

\*\*\*

—¡Cuánto hace que no venías! ¡Ingrata! Desde que te casaste... claro, la luna de miel...

—¿Luna? Sí, en cuarto menguante; aun no te has corregido y tengo, por lo visto, que seguir dándote lecciones. ¿No me preguntas por mi marido? Bueno, gracias.

—De todos modos resulta que estás satisfecha de tu boda.

—No lo sabes bien; antes era doña cualquiera y ahora la excelentísima señora duquesa de... ya ves si es distinto. No hay como saber vivir y yo tengo que enseñarle esta ciencia, que es de más importancia de lo que piensas. Cuando quieras casarte, avísame, que yo he de buscarte un buen marido, que te dé gusto en todo y se someta á tus caprichos. Ya ves tú, yo me casé... ¿te acuerdas de lo que te dije al oído? Pues no lo olvides. Además, que mi señor duque tiene muchísimo dinero.

—¿Este es el motivo de tu casamiento?

—En parte: cuando era doncella soltera temía mirar fijamente á la luz porque me hería la vista; y al casarme, en mi alcoba instalé la luz eléctrica, pero temerosa de tanta luz, he puesto, es decir, yo no, mi marido, una pantalla... una pantalla verde, sabes, y ya no tengo miedo al mal de ojo; te digo que estoy muy contenta.

—¿Y el vizconde?



Scerbiosa.

— Bueno, gracias; más complaciente que antes... más... íntimo... ¿sabes, hijita?...

\* \* \*

— Me han dicho que te ronda Paco. ¿es cierto?

— No lo niego, creo que me casaré con él.

— ¡Jesús y qué barbaridad! No lo pienses, inocentona. Paco es pobre; guapo, eso sí, pero no puede darte una posición flamante y, créeme, si te casaras con él te aburrirías en seguida, de seguro. Lo mejor es otra cosa; atiéndeme que tengo más mundo que tú: te casas con el diplomático, con don Manuel de... no sé cuántos, que yo sé que te ronda; es muy complaciente, mucho, y...

— Pero...

— ¿Y qué? Eso no quita, porque... ¡de todos modos la unión es ventajosa. Ya ves, las solteras tienen, como jóvenes que son, débiles los ojos, los daña la luz, y si los llega a dañar, no sabes tú esa falta lo que afea la cara; por eso...

— Sí, comprendido; la pantalla...

\* \* \*

— Vaya, cuéntame, cuéntame la historia de tus bodas con el diplomático; no seas tan reservada conmigo.

— No me quejo de mi suerte, porque mi marido es un pobre hombre que me deja hacer lo que quiero, y yo me aprovecho de ese permiso a todas horas. Pero, ¿no me preguntas por Paco? Bueno, gracias; está más... más íntimo, ¿sabes?

— Sí, sí: comprendido.

— Y he seguido tus consejos. Mi marido había puesto para alumbrar mi alcoba una bujía, y como me pareció esto muy pobre instalé la electricidad; pero, chica; el defecto suyo me hacía daño a la vista y he tenido que poner una pantallita.

— ¿Pantalla verde, no es eso, muy verde?

— Efectivamente, y que por su color no se conocen las manchas: una ventaja.

— Ya lo creo. ¿Y qué te parece ahora el mundo?

— Te diré, ya no me parece tan malo.

— ¿No te lo dije? Pues ten por cierto que no ha cambiado él, sino tú: es que... que *ya te has hecho*... ¿sabes, hijita?

FLOR DE LISADO



— ¡Qué diablo! de conde! ¡Me[ha comparado con el]café porque le desvela!



¡No es tan fiero el león como lo pintan!

## Uno de tantos

Un día don Rufino Vivanco se levantó de la cama con muy malos propósitos acerca de su persona.

Modesto empleado de una dependencia del estado, no contaba más que con una mensualidad de quince duros, aunque la nómina rezaba veinte.

Movido por el instinto de imitación, que dará al traste con los españoles, don Rufino toma ejemplo de su jefe y no acudía á la oficina hasta las once. En cambio salía siempre á la una, ni minuto más ni minuto menos. Y es lo que él se decía: Entrando tarde infrinjo el reglamento, pero saliendo con retraso lo infrinjo también, y son dos faltas. Pues salgo á la hora marcada y evito culpas.

Los compañeros de oficina, pensaban de acuerdo con Vivanco, y los únicos que despachaban los expedientes eran los ratones.

Este estado de cosas — como diría cualquier diputado rutinario — no podía seguir. Había necesidad de tomar medidas enérgicas. Era indispensable regenerar aquella oficina. Nada mejor que un cambio de personal. Así lo entendió el jefe, pero tropezaba con que Fulano había sido recomendado por el Ministro.... Zutano le daba algún cigarro, y además tenía una hermana muy guapa. Y así sucesivamente. Casi todos estaban bien sentados. El único que no tenía más padrinos que los de pila, era Rufino, y este pagó por todos.

Y ya tenemos á nuestro hombre en el arroyo. Apocado de suyo, pasado el primer mes de cesantía, agotados los pocos ahorrillos que había hecho durante tres años que disfrutó de su empleo y no sabiendo procurarse nuevos medios de subsistencia, decidió suicidarse y usó la única forma legal. ¡Se casó!

Sí, unió para siempre su destino al de doña Filomena Pérez, respetable viuda de un zapatero establecido.

La buena señora no tenía otro defecto que leer novelas por entregas.

Al año de este casamiento, la zapatería sufrió un gravamen. La unión de doña Filomena y don Rufino dió por resultado un chico.

\*\*\*

Apenas si contaba trece años el fruto de aquella pareja zapateril, cuando sus padres le obligaron á estudiar el bachillerato.

El pobre Pepito (que así se llamaba el retoño), tenía, por cerebro, recortes de material de la industria paterna y ¡claro está! se le hacía imposible aprender una lección, por corta que fuese.

Y no sin gran sentimiento, decidieron sus padres no darle carrera, y sí oficio, por lo cual Pepito fué trasladado de las aulas universitarias al taller de la zapatería.

Algunos catedráticos deberían seguir el mismo camino que el hijo de doña Filomena.

A pesar de los ruegos y amenazas de los padres, al chico no le entraban los zapatos.

Había nacido para algo grande. (La calle de Sevilla por ejemplo, — ó el Paseo de Recoletos), pero es lo cierto que para nada servía.

\*\*\*

El chico se hizo hombre, y mientras don Rufino pudo, no le faltaron cuatro pesetas en el bolsillo, pero la tienda iba de mal en peor. No se atendían debidamente los compromisos, y no tardarían en echarse encima los ingleses.

La guerra anglo-española no se hizo esperar.

La tienda fué embargada, y don Rufino se vió de nuevo en la calle, pero ésta vez no era tan fácil encontrar solución, porque desgraciadamente doña Filomena, no se murió del disgusto y Pepito ni siquiera llegó á disgustarse.

Nuestro hombre puso en jaque todas sus relaciones á fin de obtener un destino, que no tardó en serle concedido.

Se hacía necesario buscar colocación para el chico y esto era ya más peliagudo dadas las condiciones que le adornaban.

Sus aficiones se reducían, al vino, á las juergas y al teatro.

Ni las juergas ni el vino podían darle de comer, pues al teatro con él.

Gracias á eficaces recomendaciones entro en Apolo en calidad de *partiquino*.

Pronto ascendió. Contaba con muchos amigos de buena posición, á quienes divertía con sus estupideces, y ellos se encargaron de hacerle un puesto.

Hoy por culpa de esos... señoritos nos vemos obligados á sufrir á Pepito, y francamente, como actor es de lo peorcito que se conoce, pero estamos acostumbrados á admitir las *eminencias* que nos dan *hechras* y no nos atrevemos á arrojar de



— No es que yo no resista á los cañones, sinó que ellos no se atrevían á dispararlos.

la escena á los estúpidos que la convierten en pista de circo. Esta es la causa de que Pepito Vivanco figure hoy como primer actor y director.

¿Con qué méritos? Canta como una rana en estado interesante, y dice peor que un tartamudo.

En cambio toca bien la guitarra, se emborracha de lo lindo, es orgulloso, exigente y por regla ge-

neral no acude á los ensayos. ¿Para qué? De todos modos siempre parece que no haya leído el papel. Decididamente Pepito equivocó la carrera. Tocando la guitarra, como toca, puede dedicarse á pedir limosna. Al cabo y al fin de caridad viven los cómicos que se sostienen, gracias al aplauso de los amigos.

F CUENCA PI



— Me ha preguntado Leoncio si podría guardar la llave de mi casa. — ¿ Y tú... ? — Yo le he dicho que no, porque usa monedero de plata y la llave es de oro.

Vente conmigo á Inglaterra,  
niña de mi corazón,  
así sabrán los ingleses  
lo mucho que vale el Sol,

Dos cosas hay parecidas  
en el tamaño y la forma:  
la Giralda de Sevilla  
y las cuentas de mi esposa.

Mi corazón está muerto;  
¿preguntas quién lo ha matado?  
El olvido y el desprecio.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

## La prueba

Leonardo no ofrecía nunca al público en general, ni á sus amigos en particular un semblante risueño ó siquiera plácido; la nota severa, adusta y disgustada era la característica de su rostro, ya feo de sí. Pero aquella tarde — 14 de febrero del año próximo .pasado — no se contentaba ya el eminente presupuestivo con traer á casa de su amigo Jorge una cara disgustada, severa y adusta. La expresión de aquella poco agraciada fisonomía llegaba al grado tétrico: su boca describía un acento circunflexo cuyos dos extremos descendían hasta la barbilla; la puntiaguda nariz ofrecía un sello siniestro; los ojos miraban con funerario desconsuelo. Así es, que, por muy acostumbrado que estuviese Jorge á contemplar á su compadre bajo un aspecto invariablemente tristón, no pudo menos esta vez de exclamar al verle penetrar en su despacho:

—¿Qué te pasa, chico? ¿estás enfermo?

Leonardo contestó con un tristísimo gesto negativo y se dejó caer sobre un diván.

—¿Ha bajado otra vez el exterior?... ¿Se te ha muerto alguno de la familia?... ¿El loro quizás?... ¿Se han declarado tal vez en huelga los "inquilinos de tu caserón y se niegan á pagar?... ¿Tampoco?... Pues entonces, explícate y deja de una vez ese aire cadavérico, que resulta de lo más cargante.

Y Jorge se tumbó en su butaca cogió un pitillo, lo encendió y sin preocuparse más de la presencia de su visitante, se puso á chupar, hojeando al propio tiempo un semanario ilustrado.

Leonardo echó un suspiro hondísimo y tras un largo silencio preguntó con voz lúgubre:

—Jorge, dime, ¿tienes corazón?

—Hombre, me parece que sí... el corazón es un órgano indispensable á la existencia como el cerebro, los pulmones, el bazo y otras menudencias por el estilo. Tu pregunta por lo tanto resulta estúpida.

—Hablabas metafóricamente...

—Mal hecho: las metáforas están ya fuera de moda.

—Pues bien, hablando sin metáfora te preguntaré si tienes valor y serenidad y resignación para recibir una mala noticia.

—No sé... veremos: empieza por decir cuál es esa mala noticia... — interrogó Jorge no sin cierta inquietud.

—Reune, pobre amigo, todas tus fuerzas físicas y morales para aguantar el rudo golpe... — prosiguió Leonardo con creciente amargura en el acento. — Sé que voy á in-



Circasiana:

ferirte cruel herida en el corazón; pero la amistad cuando es sincera impone inflexibles deberes.

—Déjate de preámbulos oratorios que no conducen á nada y despotrica de una vez.

—Pues bien, — exclamó el fatídico personaje con una especie de rabia — sabe... sabe... que tu mujer te engaña.

—¿Quieres decir?... — repuso Jorge cuyo rostro un momento nublado recobró su apa-



Tercien... ¡armas!

cible serenidad. — Me parece que te equivocas de medio á medio.

—Te digo que tu mujer te engaña... — insistió Leonardo — tengo pruebas...

—¿Pruebas?

—O cuando menos indicios vehementes, racionales, concluyentes, casi infalibles.

—Que quieres que te diga... no lo creo.

—¡Oh! ¡siempre sois los maridos!... ciegos incorregibles, presuntuosos, cerrando los ojos á la luz de la verdad.

Y como Jorge siguiera mostrando completa incredulidad, su amigo entró en explicaciones detalladas; citó hechos, sacó deducciones, se esforzó en probar de una manera casi matemática que pertenecía él, Jorge á la numerosa cofradía de los maridos... desdichados. Y tal fué su elocuencia que el otro empezó á sentir vacilaciones en su robusta fe conyugal y á rascarse frenéticamente la cabeza...

—Pronto sabré si esto es cierto ó no nó lo es — exclamó súbitamente, — y ¡ay de ti si me has engañado en tus demostraciones: te romperé el alma!

Cogió su sombrero y su gabán, metió en el bolsillo interior de su levita una cartera y se marchó corriendo, sin contestar á las preguntas ni á las exhortaciones de su amigo.

• • • • •  
Aquella misma noche se encontraron los dos en el café á que ambos solían concurrir. El semblante de Jorge tenía una expresión más bien placentera.

—No me extrañaría — dijo con acento reposado cogiendo de un brazo á su compañero — que tuvieses razón en lo que me has dicho esta tarde.

—¡Ah!... ¿tú también tienes pruebas?

—Tengo una... sinó decisiva, al menos muy significativa.

—Comprendo; ¿has encontrado alguna carta ¿he?

—He encontrado varias.

—¿Varias?

—Sí: un tres de copas, un rey de bastos, una sota de oros, un...

—¿Qué demonios estás diciendo? — preguntó estupefacto Leonardo.

—La verdad: ¿sabes dónde me he ido esta tarde?... Pues al casino en donde hacia tres meses no había puesto los pies: ¡me habían escarmentado tan duramente! Pero hoy en vista de lo que tu me habías dicho, he ido allí y figúrate tu mi asombro!... Yo que siempre salía perdiendo, sali hoy ganando dos mil duros en dos horas. Lo cual me hace sospechar que realmente mi mujer me la pega, pues sabido es que marido cor... sale siempre ganancioso.

JUAN BUSCON

Insomnio

Qué dulce es dormir en calma,  
cuando á lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban!

Zorrilla.

Con tenacidad de mosca  
umentando mi amargura,  
los versos del gran poeta  
vienen á mi boca muda.

Qué dulce es dormir en calma!  
Qué dulce en la noche obscura  
entregarse á sueños plácidos,  
sobre todo si se escuchan

desde el lecho, adormecido  
que allá á lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban!

¡Qué delicioso y que dulce  
escuchar mágicas músicas,  
é ir durmiendo poco á poco  
mientras todo nos arrulla!

¡Qué dulce será, Dios mío,  
dormir si un rayo de luna  
por la entreabierta ventana  
llega al lecho y nos saluda!

Escuchar los mil ruidos  
de los bosques que susurran  
de olas del mar que al romperse  
se convierten en espuma!

Oh! ¡Cuán hermosa es la noche!  
Allá en el cielo fulguran  
las estrellas, y aquí abajo  
todo plácido murmura.

Yo suspiro tristemente  
recordando sus ternuras  
y llamo al sueño y no viene  
á cerrar mis ojos nunca.

¡Tal vez ella no se acuerda  
de mí! Mas, la imagen suya  
me persigue sin descanso  
sorda, indiferente, muda...

Escucho los mil ruidos  
de sorprendente natura,  
y entrando por mi ventana  
llega á mí un rayo de luna.

Mas nunca mi sueño es dulce  
aunque á lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



— Soy duquesa... gran princesa...

La humanidad

Nacer, vivir, morir; tal es la historia  
de la pobre y doliente humanidad  
que ríe hasta los veinte, y á los treinta,  
ya comienza á llorar.

Nadie sabe al nacer para que nace  
ni sabe su destino don le está  
ni si será dichoso en esta vida,  
ni cuando morirá.

RAFAEL FERNANDEZ Y ESTEBAN



— ¡ Alsa, pilili ! ¡ Lo que trae la democracia ! Antes casi no se atrevía conmigo el marqués, y ahora ya se pasa... de manos el cocinero.

# La novela en el teatro

(Boceto)

Se alzaba el telón para el segundo acto, cuando aquella extraordinaria mujer entró en el palco.

Todos los ojos se volvieron para contemplarla, pues era sin duda la mujer más hermosa de aquellos tiempos.

Nadie, conocía su origen. La crónica refería de ella cosas estupendas, y de aquí que la dama de los ojos azules y transparentes como las aguas del lago, fuera objeto de general atención en todas partes.

Mi pensamiento, predispuesto á las divagaciones por el efecto que la música producía en mi alma, la envolvió en sus fantasías alejándola del teatro, llevando su deliciosa imagen, á los misteriosos mundos en que las ilusiones tienen hermosa realidad.

No era yo para mí, la mujer sometida á las groseras leyes de la vida terrena; era la imagen bella é impalpable, que sólo puede residir en el cerebro y en el alma.

Una extraña sensación recorría mi ser entero, y ante mis ojos cruzaban las incitantes imágenes del amor erótico.

Las armonías de la sublime música de Verdi, predisponían mi alma al extravío, y feliz porque en el sueño veía realizado mi deseo, me entregaba á las más insensatas divagaciones.

Veía á la hermosa dama de los azules ojos, allá, en un mundo completamente distinto, envuelta en purísimas bellezas del cielo, más lejos de mí, cuanto más trataba de aproximarme á ella.

Y me llamaba siempre, y siempre me sonreía.

Llegar á ella, era mi único anhelo.

En mis febriles exaltaciones, ofrecí mi vida por un solo instante de felicidad.

Apenas hecho este ofrecimiento la vi á mi lado, más hermosa que nunca, como siempre sonriéndome...

Extendí los brazos, para adquirir la evidencia de que existía, y todo desapareció de mis ojos, mientras mi cuerpo rodó por los espacios, hasta dar en el más negro y espantoso de los abismos.

Como atontado, permanecí largo rato en aquel antro infernal.

De pronto, cuando más

desgraciado me creía, aparecióseme de nuevo, con todos los atributos de la más deliciosa de las realidades, y extendiéndome sus blancas manos, que yo estreché con frenesí.

— ¡Mía! — exclamé, encerrando en esa exclamación, toda la felicidad que se me entraba por las puertas del alma.

— ¡Mía, al fin! — repetí.

— Tuya, sí; me buscaste con tenacidad y me has encontrado...

— En el cielo...

— No; allí te hallé yo, porque en el cielo están los soñadores,

— ¿Dónde, entónces?

— En el infierno.

— ¡En el infierno! — exclamé sintiendo que á mi placer, se unía el más cruel de los dolores.

— En el infierno, sí; que aquí es sólo donde los hombres, lográis el amor de las mujeres.

.....

Terminó la ópera, y la dama de los ojos azules y transparentes como las aguas del lago, salió del palco, desapareciendo en breve entre la multitud, que se estrujaba á la puerta de salida.

ROGELIO MAESTRE



Pensando en él.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS

Del sol dimana la luz, el calor, la fuerza y la vida perennes; del caos la inercia y la muerte eternas.



¿Se puede estudiando mucho llegar á sabio? Se puede; puesto que yo lo ensayo, y otro podrá serlo.



Nadie sabe lo que es la guerra, hasta que tiene un hijo en ella.



¿Si por la cultura van los pueblos á la civilización, y el hombre arranca de ésta su mayor grado de bienestar, y muelle é indolentemente cae aquél en la enervación y apocamiento siendo víctima de

la fuerza bruta, y si por el contrario los pueblos incultos que caen en la barbarie, y con ésta se hacen fuertes dominándolo todo? ¿En qué período debe vivir la humanidad? En el primero, por ser éste el más racional y lógico.



Si al morir no nos queda ningún recuerdo de que hayamos existido, ¿de qué sirve, pues, ese afán para amontonar oro en unos, y el espíritu criminal de asesinar hombres en otros? De nada.



Dividiendo la materia cósmica en orgánica é inorgánica, lo que desaparece de un lado debe afluir forzosamente en el otro.

EMI.



— Ha dicho *mister* John que las flores eran dignas compañeras mías... ¡al fin inglés!



## AVISO IMPORTANTE

Creo justo decirles á ustedes dos palabras del NUMERO EXTRAORDINARIO.

Claro está que el alabarse es siempre feo, pero claro también como la luz, que la propia galantería aconseja responder á cuantos, (y son muchos) piden informes acerca del número que abrirá el año X.

Excuso decir si por nuestra parte nos hemos esmerado. Baste con afirmar que hemos querido sorprender al público, precisamente, porque mucho dice en prestigio de una publicación que llegue á tal altura, sobre todo si reúne tantas pruebas como nosotros del interés, del cariño, con que en proporción creciente nos vienen distinguiendo nuestros favorecedores.

Pocos periódicos habrá que puedan vanagloriarse de tan sólidos y decisivos triunfos. ¿Cómo lo hemos conseguido? No se nos oculta, y ocasión sobrada ha de presentársenos para hablar de ello. Nos limitamos hoy á recomendar á ustedes el NUMERO EXTRAORDINARIO, en que, sin dar idea aún de cuanto estamos decididos á hacer como justa correspondencia á los favores recibidos, demostraremos que nos anima el propósito de convertir esta revista en una de las principales de nuestro país, y de las que puedan citarse, comparándolas con las de su índole, en el extranjero.

Y conste que decimos esto en honra de nuestra patria, puesto que no seguimos más que las inspiraciones propias. Así, pues, no hemos perdonado sacrificios, en la parte artística, como en la literaria, para que el NUMERO EXTRAORDINARIO, sea digno de nuestra historia periodística y de la ilustración del público.

El citado número, como hemos dicho, costará al público cincuenta céntimos, y los corresponsales tendrán que abonar cuarenta.

Con que, por hoy... no digo más.

Era joven y pobre don Hilario,  
y todos le llamaban «perdulario».  
Adquirió, no sé cómo, algún dinero,  
y todos le llamaron «caballero».  
Fué ministro, por no sé qué ocurrencia,  
y ya le llaman todos «su excelencia».  
Tantos nombres, según yo lo concibo,  
son un *nominativo*.

—¿En qué se parece una mujer á un perro? Toda la reunión medita; se dicen las cosas más disparatadas; algunas, que se pueden pronunciar en los círculos más aristócratas y parecen graves y punibles cuando los inserta un periódico; y por fin el gracioso, sonriendo, porque nadie ha acertado, contesta:

—Se parecen las mujeres á los perros en que tienen cola.

El mismo, con aire de satisfacción, viendo que nadie dió con el clavo:

—¿En qué se distingue el hombre del perro?

Una marquesa que ríe siempre, hasta cuando habla de su sastré, dice:

—En la lengua.

Coro de risas.

—Nó, no es eso, imposible.

Y vuelta á meditar; todos quieren tomar la revancha, pero nadie acierta. Por fin el preguntón expone:

—En que siendo el único irracional — tenido por irracional cuando menos — que demuestra más vivas delicadezas de sentimiento que el hombre, no se suicida como él.

Mira si he comprendido tus bromitas,  
que al momento le digo, —¿Qué necesitas?

Hablando de un plato pintado:

—¿Cuánto vale esta marina?

—Siete pesetas.

—¿Me lo deja usted en dos?

—No paga usted más que el plato...

—¿Y el trabajo de limpiarlo?...

Morena de mis entrañas  
si vieras que malo es,  
empeñarse en alcanzar,  
lo que no se ha de tener...

En una agencia de matrimonios.

—Aquí tiene usted el retrato de la novia que ha elegido.

—Usted perdone, pero en este retrato aparece más vieja de lo que usted me dijo.

—No haga usted caso; es una fotografía antigua.

He soñado vida mía,  
que no me quería nadie;  
y entre una nube de besos,  
he visto asomar tu imagen.  
Mira que sueño más grande  
pensar que nadie me estima,  
y aparecerme tu imagen  
en una jaula metida.

Un niño precoz le preguntaba á su madre:

—¡Oye, mamá! ¿debo llamar mamá á la cocinera?

—¿Por qué me preguntas eso, hijito de mi alma?

—¡Tomal pues porque papá también le da besos como á ti, y abrazos y demás...

Tú, me inspiraste amor, ¡mujer bonita!  
y accediste gustosa á mi deseo;  
tú, te casaste luego con otro hombre,  
y ahora yo ¿qué papel desempeño?



Entre dos borrachos que se habían pegado ante el juez.

—Juez: ¿Por qué ha dado usted con un palo á su amigo?

—Preguntado: Porque él me dió con la mano primero y si hubiese llevado en ella una navaja yo estaría muerto ahora.

—El otro: Yo en la mano no llevaba nada.

—El primero: Peor para ti; yo también te di con la mano, pero en ella se hallaba el palo, ya ves.

El juez se echó á reír.



### CHARADAS

I

Por un *prima* repetida  
lágrimas llora mi *Todo*,  
pues yo no encuentro *dos tres*,  
para llorar de ese modo.

ANTONIO ARROYO

II

En cualquier *segunda prima*  
me gusta que haya *dos tres*,  
sinó, yo no entro en el *Todo*  
de los que van á comer.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.



### Rombo logográfico

B R O C A  
2 2 5 2 2

Con las precedentes letras formen un rombo, usando cada una de ellas tantas veces como indica el número que hay debajo, y léase en el citado rombo: 1.<sup>a</sup> línea vertical y horizontal, consonante; 2.<sup>a</sup> metal; 3.<sup>a</sup>, casta de perro; 4.<sup>a</sup>, ave, y 5.<sup>a</sup>, vocal.

I. TESNOP



### Charada acróstica

- 4.<sup>a</sup> 1.<sup>a</sup> — Tiempo de verbo.
- 3.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> — Ciudad de Francia.
- 3.<sup>a</sup> — Preposición.
- 2.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup> — Población de Vizcaya.
- Todo. — Vino andaluz.

K. MARÁ

### Problema

Con las letras que forman los nombres de una parte de ave, y de una planta, formen el título de un semanario popular.

VICENTE ALMELA



### Incógnita

O

Coloquen la precedente letra en el centro de un nombre de pescado, de modo que resulte el de un rey antiguo.

J. PEÑUELA



### Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Nombre de varón.  
4 7 3 2 1 9 1 9 — Arbol.  
6 5 9 8 4 7 9 — Nombre de varón.  
5 1 7 6 7 2 — » » mujer.  
3 9 1 2 8 — » » varón.  
2 1 3 2 — Verbo.  
9 3 9 — Metal.  
3 5 — Nota musical.  
2 — Vocal.

T. TAFALLA



### Jeroglífico Comprimido



LUIZ LÓPEZ DE LOME



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Tímidos. — Alar.

TERCIO SILÁBICO: Se - ma - na  
Ma - le - za  
Na - za - rio.

CHARADA INTERCALADA: Mar-mi-ta.

CUADRADO: L I L A  
I N E S  
L E M A  
A S A R

TARJETA: Fernando Díaz de Mendoza.

LOGOGRIFO NUMÉRICO: Agustina.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violenne, y en las principales Farmacias.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y ultramar, un año. . . . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos.  
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



LA SAJETA

# LA SAJETA

NÚMERO  
EXTRAORDINARIO

DE AÑO NUEVO

PRECIO 2 REALES

SHUTER